

Miriam Mosquera

TODOS
LOS ÁNGELES
DEL INFIERNO

FAERIS

Diseño de cubierta: Mayhem Cover Creations

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Miriam Mosquera, 2024. Autora representada por IMC Agencia Literaria
© de esta edición: Faeris Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2024
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid



ISBN: 978-84-19988-10-2
Depósito legal: M. 1092-2024
Impreso en España - Printed in Spain

Descubre aquí el reino de Faeris:



*A mamá, mi ángel.
Gracias por hacer que los jazmines
nunca me huelan a tristeza,
sino a amor.*

PRÓLOGO

Granada, diez años después de la Caída del Cielo

La Alhambra llevaba siglos reinando sobre Granada, pero cuando llegaron los demonios perdió todo su esplendor. Sus hermosas yeserías estaban ahora cubiertas de telarañas de oscuridad, y sus torres lloraban de pena por una gloria que ya solo pertenecía al pasado.

Su silencio, eterno y perturbador, estaba cargado de tanto dolor que ningún mortal era capaz de soportarlo. Por eso, porque había que estar muy loco para adentrarse entre sus muros, las leyendas contaban que era el mejor lugar para esconder un tesoro que obraba milagros; y tanto Félix como David sabían que encontrarlo podía salvar la vida de su amiga Frasquita. Así que decidieron intentarlo.

Las farolas de aceite eran las únicas luces que iluminaban las sucias calles de la ciudad, pues ni siquiera la luna y las estrellas ocupaban ya su lugar en el cielo. Desde que los ángeles habían perdido la guerra, no había un solo rincón en el mundo de los hijos de Adán en el que no hubiera hambre y miseria, ni uno solo en el que resplandeciera la luz. La taifa de Granada, donde el rey Luzbel había situado su Corte del Infierno, no era una excepción.

—Cuidado —susurró Félix, obligando a su hermano gemelo a esconderse entre las sombras de un callejón.

Una figura encorvada avanzaba en la noche, quejándose en voz baja. Los dos niños se quedaron quietos como estatuas. No podían llamar la atención. No podían arriesgarse a que los demonios los descubrieran.

—Los señores del Infierno son por todos conocidos... —cantaba la figura, que tenía voz de mujer, en un tono casi inaudible—. No repitas sus nombres si quieres seguir vivo...

Un trueno rompió el cielo y, de repente, el cielo descargó toda su rabia en forma de lluvia. David observó el lento caminar de la anciana mientras la tormenta comenzaba a empaparle la ropa.

—Es solo una loca —murmuró.

A pesar de que aquella mujer parecía una inofensiva anciana, Félix no se fiaba de la oscuridad.

—No sabemos si es *solo* una loca —le respondió a su gemelo en voz baja. Entornó los ojos con desconfianza y, después, se giró para mirarlo—. Esto no es un juego, ¿sabes? Hay que estar muy atento para poder distinguir lo que es real y lo que no. Te dije que te quedaras en casa.

David apretó los labios, convirtiéndolos en una línea muy fina, y le respondió:

—Yo también tengo diez años y soy tan valiente como tú. No iba a quedarme en casa sabiendo que existe una forma de ayudar a Frasquita.

Aunque Dancaire se cuidaba mucho de no decirlo delante de ellos, Félix y David le habían escuchado hablar con los otros adultos: «Con las gracias de los gemelos podremos entrar en la Alhambra. Solo tienen que aprender a controlarlas». No sabían por qué su mentor quería adentrarse en aquel lugar, pero sospechaban que tenía algo que ver con lo que contaban las leyendas. Y estaban a punto de averiguarlo.

—Vale —le dijo Félix, admirando y temiendo a partes iguales la determinación que veía en los ojos verdes de su hermano—. Pero no te confíes.

David quería mucho a Frasquita, quizá incluso más que él, y estaba seguro de que nada iba a detenerlo. Cada vez que la veía toser, luchando con todas sus fuerzas por una nueva bocanada de aire, su corazón se rompía en mil pedazos. El delicado cuerpo de su amiga no aguantaría mucho más aquella enfermedad, y solo un milagro podía hacer que volviera a brillar la vida en su mirada. Por eso, desesperados, habían corrido a buscar el tesoro de los cuentos. Por ella. Por salvarla.

—Vamos —susurró Félix, instando a su hermano a continuar cuando la anciana se marchó y ambos estuvieron seguros de que no había nadie en la calle.

A pesar de la tormenta, la ciudad parecía dormida, recogida entre los brazos de la noche. Sin embargo, los dos hermanos sabían que en el interior de todas y cada una de aquellas casas golpeadas por la guerra y la pobreza había alguien que sufría. Como su amiga Frasquita.

Avanzaron en silencio como dos gatos callejeros, y cuando la Alhambra se alzó ante ellos, los latidos de sus corazones se aceleraron de golpe. La luz de la luna no brillaba en el cielo, pero alrededor de la fortaleza flotaban docenas de bolas de fuego que parecían soles en miniatura y teñían sus muros de rojo. Como el dolor. Como los ojos de los siervos de Luzbel. Como los gritos de los asesinados en las plazas. En las paredes de sus torres crecían cientos de iünas, las flores negras del Infierno, y casi parecían arañar la roca, haciéndola sangrar sombras.

El palacio maldito era mucho más grande de lo que imaginaban los dos hermanos, más silencioso, e incluso de lejos hizo que sintieran un escalofrío. Si los descubrían allí, los matarían; pero no pensaban echarse atrás. Al contrario que a los adultos, los abusos de los demonios no les habían quitado aún ni la fe ni la esperanza.

Félix miró a David y, cuando este asintió con decisión, supo que había llegado el momento. Cerró los ojos un segundo y se obligó a tranquilizarse. Sabía que si estaba nervioso no lo conse-

guiría. Dancaire les repetía una y otra vez que aún no eran lo bastante fuertes, que todavía no podían controlar su poder, pero eso no les iba a impedir intentarlo.

El niño respiró hondo y dejó que su gracia le recorriera las entrañas. Unos intrincados tatuajes dorados comenzaron a acariciarle la piel, y enseguida notó el poder de los ángeles calentándole la sangre. Los dibujos aparecieron en sus brazos, en su pecho, en sus piernas; y, con cada uno de ellos, Félix se sintió más fuerte.

«Los niños nacieron justo cuando los ángeles desaparecieron para siempre», habían escuchado decir a Dancaire. «Ellos son su último milagro».

Cuando Félix volvió a abrir los ojos, David desapareció. No era la primera vez que lo veía hacerlo, aunque siempre le sorprendía ver como el cuerpo de su hermano, que hasta ese momento había sido una palpable réplica del suyo, se volatilizaba. Era así como habían hecho el viaje desde la taifa de Córdoba hasta la de Granada en una sola noche: transportándose y volviéndose invisibles cuando lo necesitaban, haciendo uso de sus gracias. Era así como habían planeado colarse en la Alhambra.

—Dame la mano —le dijo Félix al vacío. Alargó el brazo y, aunque a su lado no parecía haber nadie, los cálidos dedos de su hermano se entrelazaron con los suyos, compartiendo así su poder. Cuando su cuerpo se volvió traslúcido como el de su gemelo, no sintió nada—. ¿Estás preparado?

—Siempre —le respondió David.

Félix volvió a cerrar los ojos y, usando toda la energía que había en su interior, llevó su cuerpo y el de su hermano hasta el interior de la Alhambra. Estaba nervioso porque, aun invisibles, no estaba seguro de poder conseguirlo. Sin embargo, al poco sus pies tocaron de nuevo el suelo. El vértigo desapareció y ambos suspiraron aliviados.

—¿Oyes algo? —le preguntó a su gemelo en un susurro. No se atrevió a soltarle la mano porque, si lo hacía, volvería a ser corpóreo—. Parece que no hay... nadie.

—Nada —musitó David. Estaba tan nervioso que, sin pretenderlo, perdió el control de su poder y volvieron a hacerse visibles—. No oigo nada.

Félix soltó la mano de su hermano y desenvainó el cuchillo que escondía en el cinturón. Después, comenzó a atravesar las lujosas estancias del palacio. David lo imitó.

El interior del palacio maldito estaba desierto, vacío, abandonado. Solo la lluvia rompía el inmaculado silencio, pues ni los soles de fuego que flotaban por los pasillos hacían ruido al arder. Las yeserías que decoraban las paredes, cuyas formas sinuosas les recordaban a sus tatuajes de oro, parecían susurrar a su paso, suplicándoles que tuvieran cuidado. «No deberíais estar aquí», les decían en silencio.

Más que aire, en aquel momento respiraban frío, el cual se colaba en sus pulmones y les mordía los huesos, haciéndoles tiritar. Ambos podían sentir a los fantasmas del pasado rozándoles la piel, llorando, instándolos a salir corriendo. Por un momento, Félix estuvo a punto de hacerles caso. ¿Y si la quietud inhumana de aquel lugar no era más que una trampa? ¿Dónde estaba el famoso tesoro? ¿Y si todas las leyendas no eran más que eso y habían hecho aquel viaje para nada?

—Vamos por aquí —le susurró Félix a su gemelo, apretando con más fuerza el cuchillo.

David asintió, pero a los pocos pasos tuvo que detenerse. De repente, la oscuridad parecía hablarle. Una palabra. Un murmullo lejano de ultratumba. Una voz hecha de dolor que le provocó un escalofrío.

«Daaaviiid...».

Félix atravesó las sombras y, tras abandonar una sala en cuyos techos de madera brillaban cientos de estrellas de oro, salió a un enorme patio rectangular lleno de columnas de mármol.

Y entonces se detuvo de golpe.

Lo primero que vio fue el cadáver de un hombre encadenado a una de las columnas. La lluvia golpeaba con fuerza su piel

pálida, mortalmente blanquecina. El estómago de Félix se encogió de miedo y asco. Aunque no era el primer muerto que veía, el cuerpo de aquel hombre estaba en un avanzado estado de descomposición, con las cuencas de los ojos vacías, la piel reseca y los huesos del rostro muy marcados. El niño tragó saliva, intentando luchar contra las ganas de vomitar, pero cuando levantó la vista para seguir avanzando, todo empeoró.

Había muchas columnas en aquel espacio abierto, y en todas y cada una de ellas había un cadáver encadenado; hombres, mujeres y niños cuyos cuerpos putrefactos hacían que, a pesar del frescor de la lluvia, el aire fuera irrespirable.

«Daaaviid...».

Félix quería salir corriendo, pero no podía hacerlo; no cuando habían llegado tan lejos, no cuando Frasquita se estaba muriendo. Se tapó la nariz con una mano y, con las piernas temblando, avanzó bajo la lluvia hasta llegar a la fuente de mármol que reinaba en el centro del patio.

Doce surtidores en forma de león sostenían una pila de gran tamaño llena de un líquido espeso y oscuro que solo podía ser sangre. Brotaba de la boca de los leones convertida en hilos de oscuridad, y el niño no pudo evitar preguntarse si esta pertenecería a todos esos cuerpos que convertían aquel lugar en un cementerio.

—Félix, vámonos —murmuró David, acercándose a su gemelo. Por primera vez en toda la noche, parecía mucho más pequeño de lo que en realidad era—. Por favor.

Félix, sin embargo, no le respondió. Se había quedado mirando la sangre de la fuente, como hipnotizado, porque se había dado cuenta de que la superficie del líquido rojo permanecía lisa, como si las gotas de lluvia no pudieran alcanzarla.

Alzó la cabeza para mirar los soles en miniatura que flotaban sobre sus cabezas, y entonces entendió de golpe por qué la lluvia no apagaba su fuego: porque lo que estaban viendo no era real, sino una ilusión provocada por Tzadi. El Arlequín.

«Tzadi es como un hechicero,
y con su magia hace realidad tus más profundos miedos».

Félix giró sobre sí mismo justo cuando las sombras de la noche tomaron forma. Se convirtieron en seis demonios encapuchados que tardaron solo un segundo en rodearlos; dos frente a ellos, dos a los lados, dos detrás.

David gritó y Félix se apresuró a cogerle la mano. De pronto olvidó todas las advertencias que le habían hecho tanto Dancaire como sus padres y, desesperado, llamó a su poder. Sin embargo, se había puesto tan nervioso que solo fue capaz de transportarse dos centímetros hacia la izquierda. Ni siquiera el brillo dorado de sus tatuajes pudo permanecer en su piel.

—Menuda sorpresa —dijo uno de los demonios a su espalda, con una voz grave y profunda como un abismo, al darse cuenta de lo que había intentado hacer.

El que tenían a la derecha chasqueó los dedos y tanto la lluvia como los cadáveres que hasta hacía un momento llenaban el patio desaparecieron. El lugar se quedó vacío, seco, el silencio roto únicamente por la sangre que manaba de la fuente.

—¿Por qué estáis aquí? —les preguntó uno de los demonios que estaba frente a ellos. Su voz era como el fuego: áspera e hipnótica, letal y peligrosa.

Félix apretó los dientes y alzó la cabeza para mirar al demonio, pero enseguida se arrepintió de haberlo hecho. La capucha de tela le cubría medio rostro, aunque dejaba ver su ojo izquierdo, rojo y brillante como si en su interior ardieran las llamas del Infierno. El derecho, parecía oculto tras un parche. El valor que Félix había creído tener hasta ese momento se esfumó de golpe porque sabía perfectamente quién era: Yud, el Escamillo.

«Yud no tiene poder,
dicen que se lo quitó Luzbel».

El corazón de Félix comenzó a latir a toda velocidad. Desesperado, intentó transportarse otra vez, pero de nuevo solo consiguió desplazarse unos pasos.

—Dejad que mi hermano se marche —suplicó el niño—. Por favor. La idea de venir ha sido mía. ¡Él no tiene una gracia!

El Escamillo entornó su ojo visible y, tras unos segundos de silencio, miró al resto de demonios. Félix y David no se atrevieron a hacer lo mismo. Los seis señores del Infierno los rodeaban; el más peligroso de todos estaba frente a ellos.

Y le estaban mintiendo.

—¿Qué dices, Yud? —preguntó uno de los demonios que tenían detrás—. ¿Dejamos que el inútil se vaya?

El Escamillo se quitó la capucha y la luz de los soles flotantes iluminó por fin su rostro completo. Aunque sus rasgos eran humanos, hermosos como si hubieran sido esculpidos en mármol, Félix y David temblaron cuando vieron que unos tatuajes negros se deslizaban por la piel pálida de su cuello, trepando como salvas enredaderas hasta el mentón.

—¿Por qué estáis aquí? —repitió Yud, esta vez separando cada palabra con un silencio—. Si nos dais una respuesta satisfactoria, quizá tengamos clemencia.

—No queríamos molestar —dijo David llorando—. Solo estábamos jugando.

—No pensábamos tocar nada —añadió Félix.

Yud ladeó la cabeza, observándolos con atención. Dio un paso hacia Félix. El mundo entero dejó de girar para David en ese preciso instante. El miedo que le invadió el cuerpo al ver a su hermano en peligro lo paralizó. De repente se sintió muy pequeño frente a seis gigantes Goliats, como un insecto que ve cernirse sobre sí el pico de un pájaro hambriento.

—Solo escucho tonterías saliendo de vuestra boca —les dijo el demonio con su voz de fuego—. Os he preguntado *por qué* estáis aquí y estoy empezando a perder la paciencia.

—El tesoro —murmuró David, aterrado, incapaz de mirarlo a la cara—. Estábamos buscando el tesoro.

—El tesoro —repitió el Escamillo. Miró al demonio encapuchado que tenía a su izquierda y le hizo un gesto con la cabeza—. Shin, ¿qué opinas?

«Shin es el rey de las tormentas,
que tenga cuidado quien mienta».

—Dice la verdad —le respondió este, sin moverse del sitio, con una voz grave y gutural—. Pero no *toda* la verdad.

David, asustado, decidió seguir buscando la compasión del monstruo. No quería que los llevaran a la Plaza. No quería que los mataran.

—¡Solo queríamos salvar a nuestra amiga Frasquita! —exclamó. Los ojos se le llenaron de lágrimas y empezaron a temblarle las manos—. ¡Está muy enferma!

Yud entornó los ojos y estudió con atención a los niños. Los tatuajes le acariciaban la piel del cuello como tentáculos hechos de oscuridad; un negro intenso sobre el blanco más puro.

—Así que habéis venido hasta aquí por amor —les dijo el demonio, casi acusándolos de cometer un crimen.

David asintió con efusividad, creyendo que la nobleza del sentimiento los salvaría; pero Félix, mucho más desconfiado, supo enseguida que el Escamillo les estaba tendiendo una trampa. Y no podían hacer nada para escapar de ella.

—¿Amor? —preguntó Tzadi, situado a su izquierda, mientras se quitaba la capucha y daba un paso al frente. Tenía la belleza delicada de los ángeles caídos, con un aro de plata decorándole la aleta derecha de la nariz y unos tatuajes en forma de máscara arremolinándose alrededor de los ojos—. El amor es una aberración propia de los ángeles.

Escupió en el suelo tras decir la palabra *ángeles* y Félix sintió un escalofrío recorriéndole la espalda. Le habían visto usar su gra-

cia y, tal y como le habían advertido tantas veces, iban a matarlo. Los demonios jamás perdonaban a los ángeles. Los demonios *no toleraban* la existencia de los ángeles.

—Por favor —rogó Félix—. No nos llevéis a la Plaza. Por favor.

—No volveremos a entrar aquí —añadió su hermano—. ¡Lo juro!

Yud guardó silencio y, durante un segundo, durante un fugaz y esperanzador segundo, los hermanos pensaron que los matadores iban a dejarlos marchar. Algo en el gesto del Escamillo, un destello en su ojo visible, les hizo creer que aquellas criaturas infernales también tenían sentimientos, que sabían lo que era la piedad.

Pero se equivocaban.

—Por favor —gimoteó de nuevo David—. No nos llevéis a la Pla...

—No os vamos a llevar a la Plaza —le cortó Yud—, pero tenemos que extirpar ese *amor* que tenéis dentro para impedir que sigáis dando problemas.

—¡No! —gritó Félix.

Yud lo empujó con desprecio y, cuando Shin lo sujetó por los hombros, le arrancó el corazón del pecho. Los lamentos desesperados de Félix llenaron todos y cada uno de los oscuros rincones de la Alhambra, cuyas antiquísimas paredes parecieron gritar con él.

—Esto es lo que les pasa a aquellos que traicionan las leyes de Luzbel —dijo el Escamillo, con rabia, tirando el corazón al suelo.

David boqueó con los ojos muy abiertos y, a los pocos segundos, se desplomó a los pies del matador. Solo cuando se aseguró de que David estaba muerto, Yud se giró para mirar a Félix, aún sujeto por los fuertes brazos de Shin.

—¿Desde cuándo tenéis esas gracias? —le preguntó Yud.

Félix, con la cara empapada en lágrimas, tembló. Estaba tan pálido que su rostro parecía el de un fantasma.

—Desde siempre. Na... nacimos así.

La respuesta no pareció complacer al Escamillo, porque frunció el ceño y se giró hacia Shin.

—Dice la verdad —sentenció este.

Yud asintió y volvió a mirar al niño.

—¿De dónde venís?

—Por favor...

—¿De dónde?

Félix sabía que, si mentía, los matadores lo sabrían. Sin embargo, no podía decirles la verdad. No podía llevarlos hasta Dancaire y Frasquita.

—De una de las taifas del mar —dijo, sin pensarlo—. De la de Huelva.

—Mentira —exclamó Shin al instante, como si pudiera oler el engaño de Félix—. Vienen de la de Córdoba.

El niño tragó saliva y, cuando Yud le fulminó con la mirada, sintió que el suelo bajo sus pies desaparecía.

—¿Quién os ha dicho que aquí hay un *tesoro*? —inquirió el demonio.

—Nadie.

—Miente otra vez —murmuró Shin con su voz gutural.

—¡Es una leyenda! —exclamó Félix, desesperado—. ¡Un cuento! Por favor...

—¡Ah, un cuento! —le interrumpió el Arlequín—. Me encantan esas estúpidas historias que inventáis los hijos de Adán.

—Cállate, Tzadi —gruñó Yud—. ¿Qué clase de cuento?

Félix contuvo el aliento, asustado. Los miembros de la Corte del Infierno vivían en el palacio de Dar al-Horra, en Granada, y solo salían en contadas y raras ocasiones. No sabían lo que ocurría en las calles, lo que la gente decía de ellos. Ni siquiera los caciques, jefes de las taifas, solían ser dignos de su trato. Para los demonios, los hijos de Adán eran seres inferiores, meros siervos, y en diez años no se habían molestado en acercarse a ellos ni para hacerles daño.

Félix sabía que cuanto más les contara, más tiempo permanecería con vida. Así que comenzó a hablar.

—Desde hace años se... se rumorea que aquí hay un tesoro tan valioso que merece la pena estar maldito el resto de tu vida por encontrarlo —les dijo, aún temblando—. Se rumorea que la Alhambra es... es una fortaleza que esconde una riqueza sin igual, y que los señores del Infierno se encargan de custodiarla. Que solo alguien con un poder similar al suyo podría entrar y salir con vida. El... el Tesoro de los Ángeles, lo llaman.

Félix pensaba que los matadores se burlarían de él, pero sus palabras cayeron como una losa entre los demonios. Todos ellos se pusieron muy tensos y, durante unos instantes, el único sonido que se escuchó fue el de la sangre que escupían los leones de la fuente. Félix pensó que sus palabras habían asustado a los soldados del Averno, pero lo que habían hecho era enfurecerlos.

Antes de que pudiera decir nada más, Yud apretó la mandíbula y, con mucha rabia, arrancó el corazón del niño, provocándole un dolor tan intenso como liberador. Al contrario que el de su hermano, el cuerpo de Félix tardó unos segundos en darse cuenta de que su pecho estaba vacío, de que ya no había un motor que bombeara su sangre. Cuando Shin lo soltó, su corazón aún latía en la mano del Escamillo, aferrándose inútilmente a la vida.

—Tenía las marcas de los ángeles en la piel —gruñó Tzadi, con un visible desagrado—. ¡Tenía las marcas de los malditos ángeles!

Yud estrujó el corazón de Félix y después apretó los dientes. Había visto las marcas; claro que las había visto. El Tesoro de los Ángeles. Luzbel les había dado unas órdenes muy claras y tenían que cumplirlas. Yud, por encima de todos los demás, tenía que hacerlo.

—Estos niños fueron bendecidos con gracias —explicó—. Conociendo a los ángeles, estoy seguro de que hay más. Muchos más.

—Tenemos que encontrarlos —dijo uno de los demonios que, hasta el momento, había permanecido en silencio. Su voz sonó lejana, como si viniera de todas partes y de ninguna a la vez.

—Sí, Vav —le respondió Yud, bajando la vista para mirar la sangre que le mojaba las manos—. Tenemos que encontrarlos y acabar con ellos.

—¿Crees que...?

Yud alzó la mano y, como si no quisiera que las paredes del palacio maldito los escucharan, le indicó que guardara silencio. Sabía qué era lo que iba a preguntarle, y tenía la respuesta preparada.

—No podemos permitir que los mortales descubran lo que hay en la Alhambra.

Los seis señores del Infierno guardaron un tenso silencio. Ninguno se atrevía a decirlo en voz alta, pero todos ellos sabían que si los humanos descubrían lo que estaban escondiendo en aquel palacio, el reinado de Luzbel podría acabar para siempre.

—Vamos a ir a por a todos esos hijos de los ángeles —sentenció Yud—. Empezaremos a buscarlos en el lugar del que han salido estos dos: la taifa de Córdoba.

Y con esas palabras, sellaron el destino del mundo.